

DOMINGO XXI TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Todas las religiones tienen de Dios una idea elevada, pero a nadie se le había ocurrido este absurdo para la mente humana de que Dios se hiciera uno de nosotros.

Eso es lo que confiesa Pedro. Detrás de la humilde humanidad del Señor, reconoce su divinidad. Ahora bien, como indica el mismo Jesús, la confesión de Pedro ha sido posible porque se le ha concedido una gracia desde lo alto. Es decir, está fuera de las fuerzas de todo hombre reconocer la divinidad de Cristo. Por eso se dice que la fe es una gracia.

La gracia, sin embargo, no anula la naturaleza y, por ello, cuando nosotros hacemos un acto de fe ponemos en juego toda nuestra libertad. Esto se ve en el evangelio. Cuando Jesús hace una pregunta genérica que no compromete, todos responden. Pero cuando se dirige directamente a cada uno y les dice: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», entonces sólo habla Pedro. Confiesa que es el Hijo de Dios y, al mismo tiempo, que es el Mesías esperado, el que ha de salvar al pueblo.

Junto a la fe de la Iglesia se hace necesaria la confesión personal de cada uno. La pregunta de Jesús va dirigida a cada hombre, que debe responderla desde su libertad personal. Responder afirmativamente significa vincularse con Cristo para siempre, porque no tendría sentido saber que Jesús es Dios y no decidir seguirlo.

No es el hombre el que ha alcanzado a Dios, sino que es Él quien se ha rebajado a nuestro nivel. Una maravilla de su poder y de su amor.

Y ahora, en la Eucaristía, el mismo Jesucristo, adorado en el Cielo por los ángeles y los santos, baja para hacerse presente, para estar cerca de ti. Por un don especial de Dios, por la fe, le reconocerás en el pan y el vino, lo contemplarás cara a cara con tus propios ojos, quedarás santificado por esa visión de su presencia, le confesarás como mi Señor y mi Dios con todo tu corazón, y, finalmente, le comulgarás: le dejarás entrar hasta el fondo de tu ser, te dejarás transformar por Él, y, cerrando tus ojos, para que nada te distraiga, sentirás el calor de su presencia y de su amor infinito dentro de ti.

No hay otra religión como la nuestra que confiese algo tan inaudito, tan atrevido, y a la vez tan milagroso, tan maravilloso y tan cierto.